

EL PIRATA

MÁS DE
MEDIO SIGLO
DE RADIO Y
ROCK



OBERON

Créditos

El Pirata escribió el texto íntegro de este libro; le hizo un primer pulido, le dio forma y estilo, el que haya quedado tan mal solo es responsabilidad suya.

Sara Moreno Yunta, transcribió el manuscrito ilegible del Pirata, absolutamente ilegible, a caracteres que todos entendemos. Gracias por tu paciencia, eres única, muchacha. Además, hizo la corrección final, vamos, que menos escribirlo, todo lo demás es cosa suya.

Roberto Iván Cano puso todo su saber, su paciencia y su magia para que al Pirata se le vea humano en la portada de este libro. Ya se sabe que la gente rock hace milagros, y Robert es un hombre de rock.

Víctor (Víctor Manuel Ruiz Calderón) no solo ha sido el editor brillante de este libro, es que fue la tabla de salvación a la que se agarró el Pirata en los muchos naufragios que tuvo mientras lo escribía.



www.elpirata.com



Emisión Pirata Oficial (@EmissionPirataOf)



Emisión Pirata Oficial (@emisionpirata)



Emisión Pirata Oficial (emision pirata)



Emisión Pirata Oficial (@emisionpirataoficial3230)

Contenidos

Agradecimientos	8
Créditos	10
Los 50	19
Los 60	31
Los 70	59
Los 80	115
Los 90	171
La década del 2000	201
Del 2010 a la actualidad	225
El archivo del Pirata	249



Los 50

*Mira el odio que estamos criando.
Mira el miedo que estamos alimentando.
Mira las vidas que estamos llevando.
Como siempre lo hemos hecho.*

Civil War, Guns n' Roses

La Guerra Civil, la polio y ¡¡¡el rock & roll!!!

Las crónicas del rock hablan de que un 15 de junio de 1956, John Lennon y Paul McCartney se conocieron. Una semana y un día después nació yo. El tándem de músicos y compositores que cambió el mundo ya estaba en marcha cuando yo llegué. Lennon/McCartney por los apellidos, Juan/Pablo por los nombres de pila. Está claro que mis padres no podían intuir que esos dos chavales ingleses iban a liar la que liaron, con lo cual no es que yo me llame así por ellos, pero al menos es una simpática coincidencia; simpática cuando menos, premonitoria, tal vez.

Me imagino que me llamaron Juan Pablo porque el día en el que nació es el día de San Juan, cuya noche para muchos es la más mágica del año. Poco después es San Pablo, igual de ahí viene mi segundo nombre. A Juan y Pablo, mis padres añadieron Epifanio en el Registro Civil. Fue por mi abuelo, Epifanio Ordúñez, desaparecido tras la Guerra Civil en una de las muchas venganzas de los ganadores. Digo desaparecido porque su cuerpo nunca se encontró, es una de las miles de lagunas de la «memoria histórica» de este país. Le fusilaron supuestamente en las orillas del río Alberche a su paso por las cercanías de Talavera de la Reina, que es donde yo nació. Además, la historia de por qué fue ejecutado es increíble y surrealista.

Un calmante llamado radio

*Necesitamos un cambio, lo necesitamos rápido
antes de que el rock sea parte del pasado,
porque últimamente para mí todo suena igual.*

Do You Remember Rock 'n' Roll Radio?, Ramones

Como dije, la operación y mi estancia en el hospital eran privadas, o sea, de pago, y de pago caro. Creo recordar que mi habitación costaba 330 pesetas diarias, que dicho así no parece gran cosa, pero con un par de datos que te voy a dar cambiará tu perspectiva: en 1968 una caña en un bar costaba 3 pesetas, y el salario mínimo era de 3060 pesetas al mes. Las pelotas que les debió costar la broma a mis padres fueron una pequeña fortuna, y eso solo la estancia en el hospi, a lo que hay que añadir los honorarios del doctor Valderrama, fármacos, curas, etc. Con lo que pagaron mis padres por mi operación nos podríamos haber comprado una casa, pero que va, seguimos viviendo de alquiler por mucho tiempo.

Como el cuarto del hospital era carísimo para la economía familiar no quedaba pasta para lujos, por ejemplo, la televisión que se pagaba aparte. Muchas otras habitaciones de la misma planta tenían, pero igual costaba 12 o 15 pesetas diarias y eso ya era mucho, con lo cual me tuve que conformar con un transistor. Un pequeño aparato de radio a pilas que yo ponía debajo de la almohada para no dar el coñazo a mi madre con los deportes. Porque en aquel enero del 69, yo solo buscaba fútbol en la radio. El programa que más me gustaba era el de Miguel Ors en Radio Peninsular, pero el problema es que se emitía, no recuerdo bien, sobre la una de la tarde. ¿Y hasta entonces qué?, las enfermeras empezaban a darme el coñazo poco después de las ocho de la mañana.

Uno de aquellos días, dándole vueltas al dial buscando fútbol, escuché un programa que me hizo gracia. No era de deportes, era de música y había una niña, ponían discos y la cría hacía algún comentario. Yo suponía, y suponía bien, que el tipo que presentaba el programa era el padre de la criatura, que era muy graciosa. El espacio radiofónico se llamaba *La incubadora*, el que hablaba Mariano de la Banda y la niña Cuchi-Cuchi, que era fan de los Beatles, ¡coño, los del terremoto! Mira, mira, seguían estando en el mundo, qué cosas me dije a mí mismo. Unos meses atrás los de Liverpool habían publicado el single *Hey Jude* y en *La incubadora* lo ponía de vez en cuando porque a Cuchi-Cuchi le molaba. Y a mí también. Otro disco que ponían y me gustaba era uno

de no sé quién que se llamaba no sé qué de la bahía en el que al final el tipo silbaba la canción.² De los Beatles también ponían el *Ob-La-Di, Ob-La-Da*, que me encantaba. Alguna vez subían al aire una canción que conocía y que me gustaba. Era de una película que habían anunciado en la tele de un grupo yeyé español, Los Bravos. Aunque la canción era en inglés a mí me gustaba, tenía un ritmo que molaba. Mi vieja amiga la radio volvía a entrar en mi vida aliviándome en parte aquel trance que no era fácil.

Antes de ingresarme en el hospital pensé que aquello serían casi unas vacaciones. En absoluto. No solo estaba encerrado en una habitación en la que no se veía la calle —las interiores eran más baratas—, literalmente estaba atao a una cama. Las vueltas de tuerca diarias eran un suplicio y cuando me hacían curas de los puntos de la operación aquello se convertía en una tortura que duraba una hora.

Además, las cuatro barras metálicas que me atravesaban la pierna de vez en cuando me provocaban pequeñas infecciones, y aunque las curas eran más livianas, no dejaban de ser un coñazo supino. Una noche hubo un terremoto, el «andamio» que sujetaba mi pierna se balanceó un poco, pero solo debió durar un par de minutos.

Tuve vecinos famosos, porque según decían el padre de «Saza», el actor José Sazatornil, estaba en una habitación cercana. Y cada vez que el Saza iba de visita todo el mundo, acompañantes de enfermos —que era el caso de mi madre—, sanitarios y hospitalizados que se podían mover, merodeaban discretamente por las inmediaciones de la 316 para ver de cerca a un famoso y luego poder contarlo. Así comenzaron las redes sociales.

Me llevaban tebeos y la prensa deportiva, pero todo acababa aburriéndome. Día tras día, sin moverme, el dolor en la pierna aparecía cuando le daba la gana. La comida del hospital era insípida y yo añoraba una tortilla de patata, mi tío Epi me llevó una entera. Pero aquello no acababa nunca. Preguntaba al doctor cada día cuántas vueltas faltaban para llegar al objetivo de los 4,8 cm y por sus respuestas siempre me pareció que aún quedaba una eternidad. Supongo que mi madre se ganó el cielo solo con aguantarme durante aquellos dos putos meses.

Cuando ya estaba harto de todo me tumbaba, miraba al techo, pero con la vista perdida y saboreaba el confort que las mantas me daban, sin pensar en nada, solo dejándome envolver por el calor de la cama. Me impregné de esa sensación y la busco desde entonces casi a diario. Eso de estar tumbado, calentito y con la mente derivando por donde le da la gana es algo que me proporciona la paz que, supongo, cada ser humano necesita de vez en cuando para no explotar. Yo lo consigo así y me gusta.

2. Si no has descubierto que la canción es *(Sittin' On) The Dock Of The Bay* (*Sentado en el muelle de la bahía*) de Otis Redding, no te presentes nunca al RockMáster, ese concurso que hacemos en *El Pirata* y su banda en Rock FM.

En el cabaret solo estuve un mes, suficiente para rodarme intensamente con los platos y cobrar las 10 000 pesetas de sueldo que invertí en una cámara fotográfica Zeiss Ikon. No era réflex, lo más en la época, pero tenía obturadores, velocidades y un objetivo muy fiable. Hoy en día, mi hijo la sigue utilizando ocasionalmente. La cámara me costó 8000 pelás, el resto imagínate para qué fue, para discos, claro. Leía mucho en ese tiempo. De todo: poesía, Herman Hesse, Alan Gisbert, Mao. Me iba cultivando poco a poco y además en la dirección que me apetecía. Había que cambiar las cosas.

Los tiempos están cambiando, cantaba Bob Dylan

*Vamos, madres y padres
de toda la tierra,
y no critiquéis
lo que no podéis entender.
Vuestros hijos e hijas
están más allá de vuestro dominio.
Vuestro antiguo camino está
envejeciendo rápidamente.
Por favor, salid del nuevo
si no podéis echar una mano,
porque los tiempos están cambiando.*

The Times They Are A-Changin', Bob Dylan

De pronto me convertí en uno de los muchos españolitos comprometidos de alguna forma en hacer caer la dictadura. Al principio solo como activo personal, después vendría el estar en una organización política, por supuesto clandestina.

En cuatro años había pasado de yeyé a hippie-rockero y a activista. La evolución fue rápida, casi contrarreloj. Dylan había dicho que los tiempos estaban cambiando y ahí estaba yo, junto a otros muchos, haciendo que eso pasara en este país. Fueron meses de vértigo en los que se juntaban maravillosamente los discos de Hot Tuna, la soledad profunda y cósmica de *El lobo estepario*, Radio Pirenaica y los porros. Sí, tengo claro que todo aquello aprendido en la calle, en

las bibliotecas, en las portadas de los discos, en las revistas de fotografía, en la prensa ilegal del Partido Comunista, todo aquello formó una gran parte de la persona que ahora soy.

Seguía en la radio, solo que cada vez más contestatario en mi personalidad y colando entre John Lennon y Eric Clapton discos de los cantautores Luis Pastor, Elisa Serna o Pablo Guerrero.

Aun a costa de lo desastre que soy, siempre me he organizado, a mi aire, para conseguir lo que quiero. Y lo que hacía en aquellos primeros años de los 70 era ahorrar todo lo que podía y cuando la cantidad parecía suficiente me piraba dos o tres días a Madrid aprovechando cada minuto en la capital para ver películas que no llegaban a Talavera, por supuesto comprar discos que tampoco llegaban, ir a locales que se anunciaban en las revistas que leía, ver a colegas que estudiaban en Madrid. Los conciertos estaban lejos, no tenía ni pasta ni edad, me conformaba con conocer sitios míticos que me fascinaban al leer sobre ellos. Así conocí el rastro, por ejemplo. Volvía a mi pequeña ciudad cargado de energía, de historias que contar, de experiencias vividas y de discos y libros que devorar en las próximas semanas.

Todo esto producía tres reacciones. La primera: volver cuanto antes a Madrid. La segunda: aplicar a mi ciudad todo lo que había visto en la capital. ¡ENORME ERROR! Y la tercera: algún día, cuanto antes, instalarme en Madrid. Definitivamente. Aunque lo tenía claro, lo veía lejano.

En una de estas «escaramuzas culturales» a la capital conocí al Mariskal. Antes de ir le llamé, me presenté, le dije que era oyente habitual, que hacía un programa en Radio Juventud y que sería muy grande para mí conocerle y ver cómo era la radio y cómo hacían el programa.

Era difícil hablar con el Mariskal, porque siempre estaba colgado al teléfono tanto entre disco y disco durante el programa como cuando acababa. Pero después de echarle paciencia, por fin, diez o quince minutos después aparecía su voz en el auricular. Tan cristalina y tan enérgica como en antena. Sííí, ¿quién es? Claro, vente por aquí cuando quieras. La dirección es... Le corté en seco: Sí, sí, Huertas 73, edificio del diario Pueblo. Joder, cómo te lo sabes. Vente un día, me gustaría conocerte. Por aquí viene mucha gente. Estarás a gusto.

Así, una fría tarde de febrero, después de comer en un restaurante barato de proletas y estudiantes en el barrio de Moncloa, pillé el metro hasta Atocha y llegué al edificio. Cuando los conserjes me pidieron el carnet (el de identidad) y comprobaron



Los 80

Conseguí sin degenerar que mi vida sea el rock and roll.

Mientras tanto, Leño

Rock bohemio

Aunque no sabía por dónde tirar, tenía muy claro qué es lo que quería. Empecé haciendo de mánager de grupos locales. Viví intensamente lo que era el *underground* pueblerino. Niños con instrumentos que cada vez que enchufaban la guitarra se creían Mick Jagger.

Con mi ímpetu imparable organicé conciertos, grabamos maquetas en los pubs y durante unos meses en aquellos finales de los 70, Talavera tuvo algo de más ambiente musical. Las casas no habitadas de las que hablé seguían siendo refugio de pandas de chavales, aunque ahora también se utilizaban como locales de ensayo.

Mantenia mis conexiones con la capital. Me tiraba semanas enteras en la gran ciudad, más que nada para sentir su latido. Como no tenía pasta me metía de «ocupa» en las casas de mis amigos talaveranos. Viví en la calle Toboso de Carabanchel, en una perpendicular a Marqués de Corbera en la Elipa (el barrio de Burning), en algún lugar de Argüelles y en otros muchos sitios de la ciudad de Madrid.

En una de aquellas escaramuzas madrileñas el cielo se abrió para mí, la suerte me vino de cara. Fui a ver a mis antiguos compañeros de oficina y en el pasillo me encontré a uno de los jefes y me llamó a su despacho. La historia era que varias de las currantas de la empresa estaban embarazadas al mismo tiempo y necesitaban sustitutos temporales. Solo tres meses y después paripé de despido y a cobrar el paro. Aquello fue mi salvación. Tres meses de odiosa oficina y sí, eran madrugones y curro rutinario, pero significaba la plataforma económica para buscarme la vida en la radio. Tras noventa días de chupatintas, al IMAC (Instituto de Mediación Arbitraje y Conciliación, el sitio donde se arreglaban las cosas del paro).

San Isidro 1982

Con don Enrique Tierno Galván como alcalde de Madrid, la ciudad vivió lo que se llamó la movida. Fuera de las consideraciones e interpretaciones de otros, aquello se resume fácilmente. Fue un tiempo en que no preguntes cómo pero to Dios tenía pasta para sobrevivir y para estar todos los días de fiesta, porque Madrid era una fiesta continua. Daba igual que fuera martes que domingo, los garitos estaban todos llenos y aquello de sexo, droga y rockandroll es algo que vivías cada noche sin que fuera nada difícil conseguirlo.

Aunque lo de la movida ha sido concentrado sobre todo en el Rock-Ola y en la modernidad satélite, lo cierto es que movida había en cada barrio de Madrid y en sus muchísimos locales de música de la época, y por si faltaba fiesta, el propio ayuntamiento programaba a lo grande en las festividades propias de la ciudad.

Así me contrataron para presentar junto a la actriz Marisa Tejada los primeros grandes San Isidros que se hicieron en Madrid tras la dictadura. Además, un montón de estrellas internacionales que dieron sus conciertos en el Palacio de los Deportes, y en el paseo de Coches de El Retiro también se montó gorda con varios conciertos diarios. Una semana en la que me pagaron de puta madre, aunque el curro era mucho. Durante siete noches seguidas estuve presentando actuaciones desde la 8 de la tarde hasta las 4 de la mañana.

En la rulot a modo de camerino que tenía, entre presentación y presentación avanzaba con el cierre del siguiente número de la revista. Una noche alguien me dijo «O sea, que estás todo el día currando». Así era. Con un programa en la FM madrileña y dirigiendo una revista mis aspiraciones profesionales estaban más que realizadas.

Mientras, cada noche acudía a la radio cargado de discos y con muchas cosas que contar. De alguna manera también el programa era centro de reunión, la gente de los grupos venía a consultarme historias, a veces se producían situaciones increíbles, como la que protagonizó el Ruso, un músico veterano y pionero con el que había hecho una gran amistad unos meses atrás. Me llama, me dice que me va escuchando, que se alegra un montón de que tenga por fin un programa potente y que se va a la radio a celebrarlo, que se llevaba una botella de champán y una profesional para que me hiciera una felación mientras hablaba. Lo entendí como una broma, pero no fue así, menos de media hora después estaba en el estudio con la chica. Bueno, esto hubiera podido quedar para el anecdotario de las historias más o menos salvajes de la radio rock, pero no acepte y el Ruso se fue con la chica, bastante decepcionado. Pero es que un estudio de radio es algo más que sagrado para mí y ese tipo de cosas se quedan fuera.

Quizás esa actitud de profesionalidad absoluta a lo largo de los años fue lo que indujo a los directivos de una gran radio a ofrecerme, varias décadas después, el dirigir y presentar el programa que acabaría siendo el más grande suceso de la radio rock española en toda la historia.

Pero estamos en 1982 y con la *Emisión Pirata* en plena expansión. Una tarde me encontré en los pasillos con José Andrés Hernández, que junto con el padre Gago habían conseguido unificar COPE, lo cual no fue fácil porque casi cada director de cada ciudad trató de preservar sus programas y sus locutores. Después de muchos viajes, muchas reuniones y algunas sonadas broncas lo consiguieron crear una programación en la cadena.

En su política de expansión, COPE, en Cataluña, se asoció con radio Miramar de Barcelona, donde curraba mucha buena gente que además eran grandes profesionales. Solo tengo buenos recuerdos. Desde Miramar llegaron a Madrid dos chiquitos que querían abrirse camino en la capital, José Manuel Parada y Carlos Herrera. La propulsión que consiguieron en COPE es la que los ha llevado a construir sus carreras. Cada uno en lo suyo. Parada en zona casposa con el *Cine de Barrio* y Herrera erigiéndose, probablemente, en el último gran comunicador de la radio española. Hice buenas migas con los dos. Parada navegaba por la modernidad libertina de la época, y Carlos sustituía a Luis del Olmo cuando fuera preciso y además marcaba su personalidad radiofónica en programas como *España en pijama* en el que ya dejaba clara su impronta, por ejemplo, llamando gilipollas a ETA por sus comunicados en unos tiempos en los que nadie decía tacos en la radio y en los que nadie se atrevía a dirigirse así a la banda armada. Herrera era rockerete y tenía que estar en guardia con él porque se aprendió dónde estaba el armario con mis discos, pillaba alguno de Deep Purple o Gary Moore y luego se le «olvidaba» devolverlos.

Parada, con su pianista incluido, tuvo su propio programa los sábados por la noche en COPE, y al director general José Andrés Hernández se le ocurrió que después podía ir yo. Un chorro de sangre fresca para las madrugadas de sábados y domingos en la cadena. Ya no podía haber nada más arriba para mí. Y así, desde los primeros 80, la *Emisión Pirata* se emitía cuatro horas a la semana en todo el territorio nacional. ¿Cuántos retos en tan poco tiempo? No me asustaba ninguno y los superaba todos. Noche a noche en Popular FM Madrid, mes a mes en el kiosco con *La Heavy* y ahora cada finde en todo el país desde la radio. Eso sí, el programa comenzaba tarde, a las 3 de la madrugada, y duraba hasta las 5. Sábados y domingos, solo que aquello a mí me daba un especial respeto. Porque la magia de aquella transmisión era infinita. En onda media, en todo el país. Por experiencia propia sabía que la señal de la emisora de AM en una noche de verano podía casi no tener límites, en Talavera años atrás se pillaba Radio Luxemburgo (que emite desde el Gran

1 de septiembre de 2010

Una semana antes de que comenzara el programa ponía el despertador a las 4:30 de la madrugada. Me duchaba y me subía al coche, recorría Madrid y su periferia escuchando lo que hacía la competencia. Me impregnaba así de cómo se vivía a esas horas de la mañana, unas horas que solo conocía de cuando volvía de juerga a casa y, claro, la perspectiva es muy distinta.

Durante esa semana me empapé de cómo sería mi potencial audiencia y realmente aprendí mucho, sobre todo viendo las caras de la gente en un semáforo de la Castellana o conduciendo por la M-50. Volví a reafirmarme en que a esas horas no se pueden contar milongas a la peña: rock y diversión, esa sería la filosofía básica con la que funcionaría. Lo sigo haciendo y no me va mal.

Llegó el miércoles 1 de septiembre de 2010. Y llegaron las seis de la mañana, se abrió el micro y dije: «Buenos días. Saludos del Pirata», y ahí empezó la fascinante aventura que sigo viviendo trece años después. Por supuesto que hubo muchos cambios, muchos traspisés, malos tragos, puñetazos en la mesa que tuve que dar con mi equipo, pero la aventura se renueva cada mañana mucho antes de que salga el sol. Y en este tiempo de *El Pirata y su banda* en Rock FM también ha habido momentos muy grandes, emocionantes, irrepetibles. El nacimiento y la evolución de esa radio posiblemente no sea ni mejor ni peor que la de otras radios, pero es la que he vivido y sigo viviendo y me sigue pareciendo algo impensable que se hizo realidad. Para empezar, nunca hubo una emisora en este país que simplemente se llamará rock, Rock FM. Esta cadena jamás tuvo intención de ser una radio de vanguardia, de punta de lanza en el rock y el metal del mundo. Más bien lo que siempre se buscó fue conseguir una emisión bien hecha, profesional y con contenido exclusivo de rock, eso sí, orientada a la gran mayoría. Resumiendo: música de nivel pero conocida por todos, o al menos por cuantos más mejor. Rock FM está integrada exclusivamente por gente del rock, muchos de quienes curran en ella forman parte de grupos o han viajado varias veces al territorio real por el que se movieron los nombres que cimentaron la cultura del rock. Tenemos programas especiales que se emiten a partir de las nueve de la noche, hemos reivindicado momentos grandes de la historia de la cultura del rock (como el de Woodstock, que se llevó un Ondas) o nuestro maratón anual de Rock FM 500, en el que durante varias semanas nuestra audiencia deja sus preferencias sobre los 500 mejores temas de la historia, lo cual, y no me voy a cortar de decirlo, nos da idea de la música que le gusta a las personas que nos escuchan. Pero lo fascinante es que en

Rock FM no se pone mierda, solo rock, siempre rock, y ese es el orgullo, currar en una radio en la que ni se asoman otras músicas. Una radio en la que Pitbull sigue siendo un perro.¹

Está claro que esta estructura no es nueva. En el 92, cuando viví en Miami, fui a Z, una emisora *classic rock*, para hacer un reportaje encargado por la revista *La Heavy*. Entrevisté al director y a varios *disc-jockeys*. Hacían lo mismo, solo que ellos no tenían programas especiales, solo *classic rock* 24/7.

Rock FM compite con las cadenas de reguetón (o como coños se escriba), de música para adolescentes, música para mujeres, éxitos de ayer y de hoy, música de la España cañí, en definitiva, con el enjambre sonoro insoportable de la FM.

Aquel primer día de septiembre de 2010 arranqué el programa yo solo. Tenía apariciones intermitentes cada 30 minutos de Fernando Martín, que daba las noticias. Después se fue integrando con más frecuencia y aparecía para contar cosas de todo tipo. Una de ellas era una sección que se llamaba «El tonto del día» en la que hablaba de personajes dignos de mención por cosas como el que va a robar y se deja el DNI. También estuvo un tiempo dando las noticias una tía a la que adoro y que se llama Marta Vázquez. Marta era una cría cuando llegó, estaba bastante despistada en general con respecto al mundo y a la vida. Pero se puso las pilas sobre la marcha, se convirtió en una gran mujer y al poco tuvo su propio *show* tomando el relevo cada mañana de *El Pirata y su banda*.

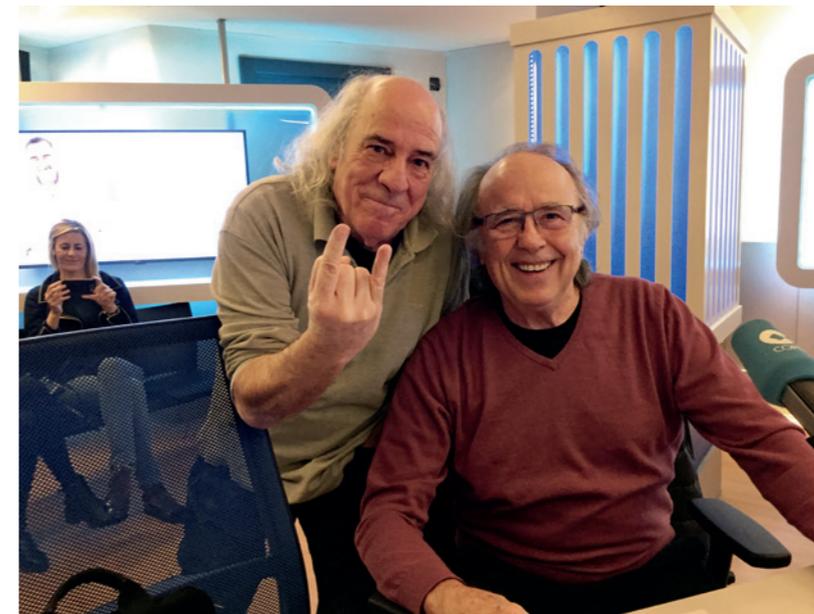
Desde el primer día el programa fue creciendo. Había aparecido de la nada en las horas más duras de cada mañana y fue ganando terreno desplazando y finalmente aplastando cadenas que llevaban décadas existiendo. El equipo aumentaba y fluctuaba. A lo largo de trece años solo ha habido cuatro personas que han salido del programa. Todos profesionales inmensos.

Ahora somos diez. Ninguno es perfecto, pero todos y cada uno de mis compañeros de viaje son grandes tanto en lo humano como en el curro, dándolo todo en las horas más difíciles y por una pasta que no se corresponde con lo que se suda en el estudio. Tras trece años, además de hacer un *show* que juega en la Champions de la radio musical, nos reímos, nos contamos nuestra vida constantemente y lo único que nos falta es quedar con más frecuencia para liarla fuera del estudio.

1. Este brutal *claim* fue creado por un grupo de humoristas geniales que se hace llamar Grupo Risa y que está compuesto por tres tipos a los que quiero mucho y que además también curraron un tiempo en *El Pirata y su banda*. El Grupo Risa está compuesto por Fernando Echeverría, David Miner y Óscar Blanco.



Mi eterna imagen, cascos, chupa y un disco en las manos.



Fuera de lo que es el rock, esta es la única foto que me apetecía tener: con Serrat, para mí, el cantautor más grande este país.



Mis amigos emigraban en verano para conocer otros mundos.
Luis, Chule el Lepido y Caro en Ibiza.



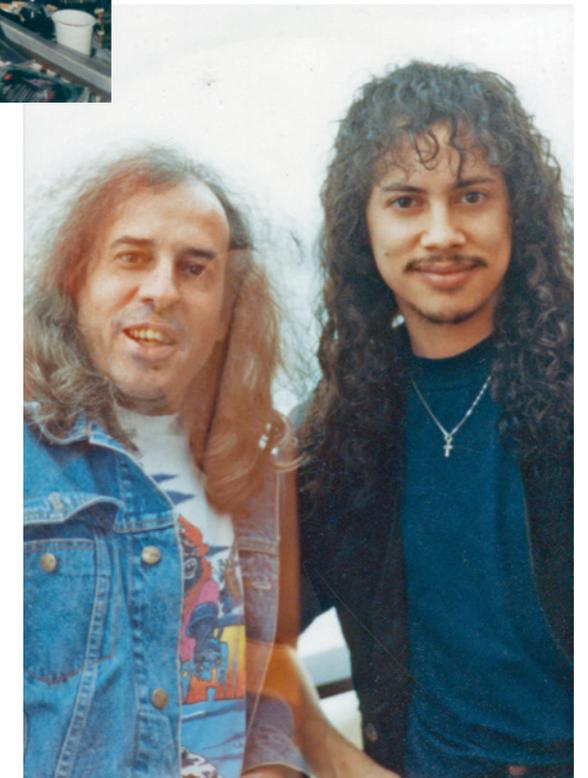
Cuando compré mi primer disco de los Who lo puse y temblé.
Tiempo después conocí a su cantante.



Sí, a los Stones se los ve fácilmente, pero... ¿dónde está el Pirata?



En pleno directo.
Pura radio rock.



Con Kirk Hammett en un
hotel de Miami antes de
un concierto en la ciudad.



Con Jorge Salan y el Mariscal Romero en mi ciudad minutos antes de inaugurar el Rock Musseum.



Esta es una de las fotos más deseada de mi vida, con Alice Cooper.



Ante todo, comodidad a la hora de hacer una entrevista. Slash es un tipo encantador y además aquí va sin chistera.



Poco antes de un concierto de Queen en Barcelona se tomó esta foto.

El Pirata comenzó esta obra un mes antes de cumplir 65 años y la acabó un par de meses después de que volviera a nacer en una ambulancia del SAMUR en octubre de 2022.

Nacido en el seno de una humilde familia en la década de los cincuenta en Talavera, vio cómo se expandía por su cuerpo tanto el *rock and roll* como la polio.

La cultura del rock llamó a su puerta y el revulsivo a su enfermedad fueron la radio, las revistas musicales y el tocadiscos.

Es un tipo que cumplió su sueño, y se ha convertido en un referente de la radio rock de este país y que ha podido conocer a los músicos y locutores que han fraguado la historia del rock y la radio musical y codearse con ellos.

Por su profesión guarda discos, revistas, entradas de conciertos y un montón de objetos que configuran toda una galaxia de satélites que orbitan en torno a la cultura del rock y que tienen detrás unas batallitas que también enriquecerán este libro.

Esta es su vida contada en palabras, lo que ha dejado huella profunda en la superficie de su memoria. Las marcas de su rostro, las cicatrices, el brillo de sus ojos y la amplitud de su sonrisa.

¿Somos heavies o no somos heavies?



OBERON

www.oberonlibros.com

